

Card Stanisław Ryłko
Presidente
Consejo Pontificio para los Laicos
Ciudad del Vaticano

Universidad Católica de San Antonio
Murcia, 16 de abril de 2010

Juan Pablo II: el Papa llamado a introducir a la Iglesia al tercer milenio

1. El pontificado de Juan Pablo II, uno de los más largos de la historia, estuvo cargado de eventos – de los cuales él mismo fue arquitecto y protagonista – que han marcado profundamente la vida de la Iglesia e influido de modo determinante sobre los acontecimientos mundiales. Por eso el paso del tiempo no debilita la oración y alabanza que la Iglesia sigue elevando a Dios por el don de este Papa “venido de lejos”. Un signo verdaderamente impresionante de esta incesante acción de gracias es la multitud de fieles provenientes de todos los rincones del planeta que ininterrumpidamente siguen desfilando ante su tumba en las grutas vaticanas, en recogimiento orante. Verdaderamente, Juan Pablo II – como afirma el autor de su más reciente biografía – es “un Papa que no muere”¹, un Papa cuyo testimonio de fe y cuyo magisterio representan una herencia espiritual de la que la Iglesia y el mundo podrán seguir sacando muchos frutos, por mucho tiempo más. Pero, ¿por qué Karol Wojtyła ha dejado una huella tan marcada en la vida del Pueblo de Dios y en la existencia y el corazón de tantas personas de nuestro tiempo?

Cuando se cumplían veinticinco años de su elección a la sede de Pedro, recordando aquel memorable 16 de octubre de 1978, el Venerable Siervo de Dios confiaba con voz palpitante de emoción: «En el Cónclave, a través del Colegio cardenalicio, Cristo me dijo también a mí, como en otro tiempo a Pedro a orillas del lago de Genesaret: “Apacienta mis corderos” (Jn 21, 16). Sentía en mi alma el eco de la pregunta dirigida entonces a Pedro: “¿Me amas? ¿Me amas más que estos?” (cf. Jn 21, 15-16). ¿Cómo podía, humanamente hablando, no temer? ¿Cómo podía no pesarme una responsabilidad tan grande? Fue necesario recurrir a la misericordia divina para que a la pregunta: “¿Aceptas?”, pudiera responder con confianza: “En la obediencia de la fe, ante Cristo mi Señor, encomendándome a la Madre de Cristo y de la Iglesia, consciente de las grandes dificultades, acepto”»². Cuando Juan Pablo II narraba estos hechos no se refería solamente al pasado. A pesar de los años, del avance de la vejez, de la inexorable

¹ Cfr. G.F. Svidercoschi, *Un Papa che non muore: l'eredità di Giovanni Paolo II*, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo 2009.

² Juan Pablo II, *Omelia per il XXV dell'elezione alla Cattedra di Pietro*, “L'Osservatore Romano”, 18 ottobre 2003, p. 8.

evolución de la grave enfermedad, él miraba siempre adelante: «Por eso, desde el primer día, no he dejado jamás de exhortar: “¡No tengáis miedo de acoger a Cristo y aceptar su poder!”. Repito hoy con fuerza: “¡Abrid, más aún, abrid de par en par las puertas a Cristo!”. Dejaos guiar por él. Fiaos de su amor»³. El Papa fue un gran maestro de esperanza y su testimonio personal de esperanza sigue iluminando el camino de fe de incontables contemporáneos nuestros.

2. Sobre Juan Pablo II mucho se ha escrito y mucho se ha hablado. Es asombroso que, en tiempos en los que la atención que suscitan los hechos de actualidad se agota en el arco de veinticuatro horas, el interés por su persona no se apaga. Es sorprendente el número de biografías, aparecidas en diversas lenguas y escritas por católicos y no católicos, creyentes y no creyentes. Es vastísima la bibliografía de estudios dedicados a sus enseñanzas.

Fue una autoridad moral única y punto de referencia para una humanidad desorientada por un dramático relativismo en materia de valores y verdades, presa de una terrible confusión espiritual, en búsqueda desesperada de sentido. Logró darle al papado de nuestros tiempos una dimensión universal y planetaria, que sobrepasa los confines de estados y continentes. Intrépido defensor del hombre, de sus derechos inalienables – comenzando por el fundamental derecho a la vida –, de la familia amenazada en nuestros días desde diversos flancos, Karol Wojtyła trabajó para que Europa volviera finalmente a respirar con sus dos pulmones, haciéndose artífice de la “primavera de la libertad” en los países de Europa centro-oriental que habían estado oprimidos durante largos años por el sistema totalitario del comunismo ateo. Buen samaritano que se inclinaba con amor ante las llagas y las heridas del hombre haciéndose voz de quienes no tienen voz, su historia personal lo había hecho compañero de los obreros, de quienes conocían el duro trabajo y la fatiga. Interlocutor exigente de políticos, de intelectuales, de científicos, fue sensible amigo de los pequeños, de los débiles, de los pobres, de los marginados, de los enfermos, de todos los que sufren. Padre y hermano de todos, a todos llamaba incansablemente a la justicia, a la solidaridad, al perdón y a la misericordia. Valiente operador de paz en un mundo donde la miseria y las injusticias acompañan al odio, a la violencia, a las guerras. Papa alabado por las grandes multitudes que se reunían en todos los continentes en torno a él para escuchar su palabra y, al mismo tiempo, Papa criticado por su valor al anunciar verdades que iban contra la corriente, desacreditar modas y tendencias dominantes, denunciar el mal dondequiera que se anidara. Gran profeta de nuestros tiempos y Papa incómodo, porque – como todo profeta – lanzaba provocaciones, y era signo de contradicción. En la era de la imagen mercantilizada, y en un mundo que idolatra la forma física y la eterna juventud, que persigue la eficiencia y el éxito, que rechaza o remueve la realidad de la vejez, de la enfermedad, del sufrimiento, Juan Pablo II con valentía puso ante los ojos de todos su vejez, su enfermedad, su sufrimiento. Y en este mensaje, que hablaba del valor y la dignidad de la vida humana en todos sus estadios, nuestras sociedades, esclavas ciegas del *fitness*, vieron la enésima provocación. Rex Murphy,

³ *Ibidem*.

comentador canadiense de la CBC escribía: «Juan Pablo II es el líder más políticamente incorrecto de la escena mundial y, según gran parte de los progresistas, está siempre del lado equivocado. A cada oportunidad es el patriarca de una jerarquía insuperable, la antimateria del feminismo, el hombre que ha mostrado los dientes ante cualquier reforma “modernista” [...] Es estupendamente, irremediabilmente, políticamente incorrecto. Pero ello es del todo irrelevante. Porque en el hombre hay algo que es más fuerte que las modas, algo más profundo que las corrientes de pensamiento que marcan las tendencias y una lucidez que no se doblega ante los tiempos».

Dotado de una personalidad fuerte, poliédrica y fascinante, Juan Pablo II fue un contemplativo, un místico inmerso en la vida de oración y un hombre de acción sensible a las cuestiones más candentes; gran comunicador y hombre de los *mass media*; intelectual, filósofo y deportista enamorado de la naturaleza, de la montaña, del esquí; teólogo que exploraba el misterio de Dios y pastor cercano a la gente y atento a los problemas cotidianos de las personas; hombre de pensamiento y poeta que advertía, irresistible, la necesidad de penetrar los abismos del Misterio.

3. El periodista y ensayista francés André Frossard describía así el día de la inauguración de su pontificado: «Aquel día de octubre en que apareció por primera vez sobre la escalinata de San Pedro con un enorme crucifijo puesto ante sí, sosteniéndolo con ambas manos como una espada, al resonar en la plaza sus primeras palabras “¡No tengáis miedo!”, en ese mismo momento todos entendieron que algo se había movido en el cielo y que, después del hombre de buena voluntad que había abierto el Concilio (Juan XXIII), después del grande del espíritu que lo había cerrado (Pablo VI), después de un intermedio dulce y fugitivo como un vuelo de paloma (Juan Pablo I), Dios nos enviaba un testigo. Se sabía que venía de Polonia. Yo tenía la impresión más bien de que había dejado las redes a la orilla de algún lago y que, tras las huellas del apóstol Pedro, había llegado directamente de Galilea. Nunca me había sentido tan cercano al Evangelio. Porque, sin duda alguna, aquel “¡No tengáis miedo!” estaba dirigido a un mundo donde el hombre tiene miedo del hombre, miedo de la vida como de la muerte y quizá más de la vida que de la muerte, miedo de las locas energías que tiene presas, miedo de todo, de nada y a veces de su miedo mismo»⁴. Con maestría y con palabras de una densidad espiritual poco común, Frossard resalta en este pasaje la dimensión más profunda de la personalidad de Karol Wojtyła, gran testigo de la fe en tiempos que se ven inundados de secularización y de modelos de vida sin Dios; en un mundo en que los hombres viven como si Dios no existiese – testigo hasta derramar la propia sangre, en aquel inaudito atentado del 13 de mayo de 1981 en la plaza San Pedro. Gran testigo de esperanza en medio de una humanidad que busca desesperadamente razones para vivir. «Yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos» (*Lc 22, 32*). Esta es la misión confiada por Cristo a Pedro y a sus Sucesores. ¡A cuántas personas en todos los continentes Juan Pablo II devolvió el coraje de creer y de esperar! ¡A cuántos, en los

⁴ A. Frossard, “*N’ayez pas peur!*”. *Dialogue avec Jean Paul II*, Éditions Robert Laffont, S.A., Paris 1982, p. 7.

casi veintisiete años de su pontificado, guió a descubrir a Cristo, única y definitiva respuesta a las preguntas más profundas del corazón humano: la pregunta por la felicidad, la pregunta por la verdad, la pregunta por el sentido! ¡A cuántos cristianos ayudó a liberarse de falsos complejos de inferioridad ante la cultura postmoderna y a vivir el Evangelio! Su fe y su esperanza se perfilaron como certezas inquebrantables y conmovieron las conciencias.

Este Papa, para el cual el Concilio Vaticano II – en cuyos trabajos participó activamente – constituía la brújula de la vida de la Iglesia del tercer milenio, fue un incansable peregrino del Evangelio en todos los continentes: hizo ciento cuatro viajes apostólicos, visitó ciento treinta y cinco países, pronunció cerca de dos mil quinientos discursos, pasó seiscientos días en viaje recorriendo casi un millón doscientos mil kilómetros. Se dirigió a millones de personas en sus lenguas y millones de personas pudieron acercarse a él, pudieron hablarle... Gran catequista en las audiencias de los miércoles, autor de catorce encíclicas desde la *Redemptor Hominis* hasta la *Ecclesia de Eucaristía*, de catorce exhortaciones apostólicas post-sinodales, de innumerables discursos. Promovió con convicción la colegialidad episcopal, convocó quince sínodos. Ardientemente orientado hacia la unidad de los cristianos, Juan Pablo II abrió con determinación horizontes nuevos también en el diálogo con los judíos – nuestros “hermanos mayores” – y, con los memorables encuentros de Asís, dio un fuerte impulso al diálogo con las religiones no cristianas.

Una de las grandes prioridades de su ministerio pastoral fueron los jóvenes, con los que tuvo una relación vivísima desde el día de la inauguración de su pontificado, cuando les decía: «Vosotros sois el futuro del mundo, vosotros sois la esperanza de la Iglesia, vosotros sois mi esperanza». Una relación que produjo frutos de extraordinarios alcances, como las Jornadas Mundiales de la Juventud, a las cuales se debe el nacimiento de una nueva generación de jóvenes que lo han escuchado y lo han seguido como maestro y como amigo: la “generación Juan Pablo II”, sus “centinelas de la mañana”. Y ¿qué decir de la nueva época asociativa de los fieles laicos⁵? El Papa fue de los primeros en interpretar el florecimiento de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en la Iglesia post-conciliar como una intervención providencial del Espíritu Santo, un don precioso que no debía ser malgastado, un instrumento de extraordinaria eficacia para la obra de la nueva evangelización.

Muy significativo es lo que escribió en la revista “30 días” Marco Politi, un periodista que está por encima de cualquier sospecha de confesionalismo: «Karol Wojtyła *in primis* ha demostrado con su palabra, sus gestos, su testimonio, que la fe es algo actual y presente. No es un residuo del pasado o cosa para mojigatos. Es materia palpitante de la vida contemporánea, porque justamente los hombres, las mujeres y los jóvenes de hoy buscan – a veces desesperadamente – dar un sentido a la existencia [...] Juan Pablo II ha vuelto a poner en juego la fe y ha devuelto el impulso a quienes en la comunidad de los creyentes estaban y están listos para hacer su parte en llevar la Buena Noticia. Algunos al

⁵ Cfr. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n. 29.

inicio sonrieron ante el frenesí de sus viajes, las ceremonias dotadas de danzas, cantos, gritos, aplausos y coreografías un poco *kitsch*. Pero pronto se dieron cuenta de que, en el tejido infinito de sus movimientos, había un proyecto simple y eficaz. Buscando a las comunidades cristianas en cada rincón del planeta, dándoles “voz” y visibilidad, aunque fuera por pocos días, poniéndose cara a cara con ellos, Juan Pablo II dio al más de un billón de católicos de los cinco continentes un fuerte sentido de pertenencia, un espíritu de compartir el destino del “pueblo de Dios” que un papado secuestrado en los apartamentos vaticanos no hubiera podido ofrecer»⁶.

4. Si la sorpresa inicial ante el nuevo estilo del pontificado suscitó en algunos la crítica sobre un presunto triunfalismo – en verdad, triunfalismo absolutamente no buscado –, el de Juan Pablo II fue un pontificado dramáticamente marcado por el misterio de la Cruz, que se yergue como confirmación de su carácter evangélico: el atentado, la enfermedad, el sufrimiento, la debilidad, la dependencia de la vejez. Un «atleta de Dios» reducido al final de sus días a la inmovilidad; un gran maestro de la palabra enmudecido y obligado a un silencio que se convirtió en palabra aún más elocuente. Marcado por la cruz, fue apóstol de la Divina Misericordia. Su muerte, justamente en la vigilia de la solemnidad de la Divina Misericordia que él mismo instituyó, ciertamente no fue coincidencia. El venerable siervo de Dios Juan Pablo II nos ha dejado un testimonio luminoso de una vida marcada, en todas sus estaciones, por una fe inquebrantable.

Fue un Papa amado por el pueblo porque siempre estuvo cercano al hombre – especialmente al hombre sufriente y pobre – como padre, hermano y amigo. Cuando todavía estaba en vida, muchos lo consideraban santo, muchos se confiaban a sus oraciones. Pero su santidad, confirmada por su sucesor Benedicto XVI con la firma del decreto sobre la heroicidad de sus virtudes, no se deja encapsular en los rígidos esquemas de cierta hagiografía superficial que tiende a sustituir monumentos marmóreos a hombres verdaderos de carne y hueso. Karol Wojtyła era un hombre lleno de alegría de vivir, que amaba la naturaleza, el deporte, el arte, que supo cultivar amistades durante toda su vida. Su santidad estaba dentro de una humanidad plena, no intimidaba, no creaba distancias, sino que atraía y seducía porque hacía a Dios mucho más cercano al hombre, a su historia y a su vida cotidiana. La gente lo amaba por esta esperanza que había sabido devolver a tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y la expresión más alta y conmovedora de este amor fue la oración unánime que acompañó su regreso a la casa del Padre, elevándose a Dios desde todos los rincones de la tierra, como un abrazo de la familia humana, para la cual se había convertido en luminoso punto de referencia. Y luego su funeral. Todos recordamos las interminables filas de creyentes y no creyentes, de todas las edades y estratos sociales, que llegaron a Roma de los más diversos lugares para darle el último adiós después de horas y horas de espera: el último saludo a un amigo queridísimo, a un padre.

⁶ M. Politi, *Rimane lo stupore*, “30 giorni”, n.10, 2003.

5. Todo lo hasta aquí dicho habla de la extraordinaria riqueza de su pontificado y del espesor de los eventos que lo han acompañado. Pero ¿existe acaso una clave hermenéutica general, una línea guía que sirva para dar unidad a nuestra lectura de los casi veintisiete años de ministerio petrino del venerable siervo de Dios Juan Pablo II? Pues bien, esta clave existe y es el año dos mil, el Gran Jubileo de la Redención, un punto de referencia constante en la vida del Papa. Desde el inicio de su ministerio de Pastor universal de la Iglesia se orientó hacia esta gran conmemoración: el final del segundo milenio de la era cristiana y el inicio del tercero. Él mismo reveló como a este propósito fueron proféticas las palabras que el cardenal Stefan Wyszynski, primado de Polonia, le dirigió en la vigilia del 16 de octubre de 1978, cuando en el Cónclave la candidatura del arzobispo de Cracovia se hacía cada vez más fuerte: «Si te eligen, no te niegues» para añadir inmediatamente después de la elección: «tú conducirás a la Iglesia al nuevo milenio».

Pero la verdad es que el horizonte del nuevo milenio estaba presente en el pensamiento de Karol Wojtyła ya desde antes de su elección al pontificado. Con estas palabras concluyó los ejercicios espirituales predicados en 1976 al Papa Pablo VI y a la Curia Romana: «Habiendo concluido el Año Santo 1975 hemos entrado ya en los últimos veinticinco años del segundo milenio después de Cristo, nuevo Adviento de la Iglesia y de la humanidad. Tiempo de espera y a la vez tiempo de gran tentación; de alguna manera siempre la misma tentación, que conocemos por el tercer capítulo del Génesis, pero en un sentido ésta se hace cada vez más radical. Tiempo de grandes pruebas, pero también de grande esperanza. Justamente para este tiempo nos ha sido dado un signo: Cristo “signo de contradicción” (Lc 2, 34). Y la mujer vestida de sol: “Señal grandiosa en el cielo” (cfr. Ap 12, 1)»⁷. También aquí, palabras que eran proféticas. ¿Cómo podía el entonces arzobispo de Cracovia prever que sería él quien abriría la Puerta Santa del Gran Jubileo en San Pedro en el Año 2000? Verdaderamente podemos exclamar con el Apóstol: «¡Oh abismo de riqueza, de sabiduría y de ciencia el de Dios! ¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!» (Rm 11, 33).

Dados estos precedentes no sorprende que la *Redemptor Hominis*, la primera encíclica de Juan Pablo II, encíclica programática de su pontificado, inicie con estas palabras: «El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia. A Él se vuelven mi pensamiento y mi corazón en esta hora solemne que está viviendo la Iglesia y la entera familia humana contemporánea. En efecto, este tiempo en el que, después del amado Predecesor Juan Pablo I, Dios me ha confiado por misterioso designio el servicio universal vinculado con la Cátedra de San Pedro en Roma, está ya muy cercano al año dos mil. Es difícil decir en estos momentos lo que ese año indicará en el cuadrante de la historia humana y cómo será para cada uno de los pueblos, naciones, países y continentes, por más que ya desde ahora se trate de prever algunos acontecimientos. Para la Iglesia, para el Pueblo de Dios que se ha extendido – aunque de manera desigual– hasta los más lejanos confines de la tierra, aquel año será tiempo de un gran Jubileo. Nos estamos acercando ya a tal fecha que – aun respetando todas las correcciones debidas a la exactitud cronológica

⁷ K. Wojtyła, *Segno di contraddizione*, Edizioni Vita e Pensiero, Milano 1977, p. 224.

– nos hará recordar y renovar de manera particular la conciencia de la verdad-clave de la fe, expresada por San Juan al principio de su evangelio: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (*Jn* 1, 14)⁸. ¿Cómo no sorprenderse hoy al releer estas palabras? El Gran Jubileo – verdadera piedra miliar en la vida de la Iglesia – fue para el Papa un programa pastoral preciso que seguiría desde el inicio de su ministerio petrino y que confirió extraordinaria organicidad, coherencia y unidad a su largo pontificado.

6. En la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* el Pontífice nos ofrece una lectura de su pontificado y de la historia de la Iglesia en el siglo veinte, según la clave hermenéutica del Gran Jubileo del Año 2000; y lo hace demostrando que la historia no es un confuso conjunto de acontecimientos casuales. Juan Pablo II nos invita en cambio a mirar la historia como un mosaico en el cual cada pequeña pieza tiene su significado preciso y, no sin sorprendernos, nos hace ver que el hilo conductor de eventos que aparentemente están desvinculados entre ellos – su epicentro mismo – es Cristo. He aquí por qué el año dos mil no ha sido, como se temía, el retorno cíclico de un espíritu milenarista que se ha manifestado varias veces en la historia de la Iglesia; sino que ha sido expresión viva de una modalidad profundamente cristiana de mirar la historia y el tiempo, que hunde sus raíces en el misterio de la Encarnación.

«En la historia de la Iglesia – ha escrito Juan Pablo II – cada jubileo es preparado por la divina Providencia. [...] Convencidos de ello, [...] dirigimos la mirada de fe a este siglo nuestro, buscando en él aquello que da testimonio no sólo de la historia del hombre, sino también de la intervención divina en las vicisitudes humanas»⁹. En esta perspectiva, el Papa habla del Concilio Vaticano II como «una significativa ayuda a la preparación de la nueva primavera de vida cristiana que deberá manifestar el Gran Jubileo»¹⁰. Pero en este proceso entran también los pontífices del siglo XX, cada uno de los cuales ha dado su propia contribución para enfrentar el gran desafío de “recapitular todo en Cristo”; los sínodos de los Obispos tras el Concilio y la celebración de los Años Santos. Juan Pablo II no olvida tampoco los Jubileos locales o regionales que celebran etapas significativas en la historia de la salvación de los diversos pueblos. «Vista así, toda la historia cristiana aparece como un único río, al que muchos afluentes vierten sus aguas. El Año 2000 nos invita a encontrarnos con renovada fidelidad y profunda comunión en las orillas de este gran río: el río de la Revelación, del Cristianismo y de la Iglesia, que corre a través de la historia de la humanidad a partir de lo ocurrido en Nazaret y después en Belén hace dos mil años»¹¹.

⁸ Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptor Hominis*, n. 1.

⁹ Juan Pablo II, Carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, n. 17.

¹⁰ *Ibidem*, n. 18.

¹¹ *Ibidem*, n. 25.

En este proceso entran él mismo y su pontificado. Toda su obra, sus grandes proyectos pastorales, su enseñanza, sus viajes apostólicos “hasta los confines de la tierra” – todo encuentra su sentido pleno y el principio unificador en el *kairós* del Gran Jubileo del Año 2000; Juan Pablo II preparó el programa de este Jubileo hasta en los mínimos detalles, a través de un itinerario en tres años – dedicados a Cristo, al Espíritu Santo y a Dios Padre. Las asambleas de los Sínodos continentales ayudaron a comprometer activamente a las Iglesias locales en la preparación del Jubileo. La carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, documento providencial, penetró así de modo capilar en el tejido vivo de la Iglesia.

Las celebraciones mismas del Gran Jubileo – que el Papa, no obstante el precario estado de su salud, quiso presidir personalmente dando luminoso ejemplo de coraje y de esperanza – superaron las expectativas de los más audaces. Fue verdaderamente un “año de gracia del Señor” para toda la Iglesia, que atravesó el umbral del nuevo milenio fortalecida por la influencia potente del Espíritu Santo.

7. El Gran Jubileo, inmenso don para la Iglesia, nos sorprendió por los frutos espirituales en las vidas de las comunidades eclesiales y de las personas individuales. Fue la epifanía de una Iglesia viva que mira al futuro con confianza y con coraje. Y el Papa, con la *Novo Millennio Ineunte*, intervino una vez más para ayudarnos a profundizar la conciencia del don recibido, su grandeza, la responsabilidad de no derrocharlo. En el pensamiento de Juan Pablo II, el Jubileo no debía ser vivido sólo «como *memoria del pasado*, sino como *profecía del futuro*. Es preciso ahora – escribía – aprovechar el tesoro de gracia recibida, traduciéndola en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas»¹². La clave que el Papa nos proporcionaba para entrar en esta nueva época de la historia estaba en las palabras que Cristo dirigió a los apóstoles: «*¡Duc in altum!*», «*¡Remad mar adentro!*». ¡Era sorprendente su capacidad de devolver toda la frescura del significado que se hace vida a palabras mil veces dichas y mil veces escuchadas! Fue así también con aquel “¡No tengáis miedo!” del inicio de su pontificado. Fue así cuando escribía: «*¡Duc in altum!* Esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: “Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre” (*Hb 13, 8*)»¹³.

El programa que el Santo Padre lanzaba para la Iglesia era un programa cristocéntrico: recomenzar desde Cristo, es decir, a partir de la contemplación de Su rostro. Escribía: «No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros!»¹⁴. Y así, el Papa de la nueva evangelización nos recordaba a todos una verdad que quizá muy a menudo se da por

¹² Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 3.

¹³ *Ibidem*, n.1.

¹⁴ *Ibidem*, n. 29.

descontada y que, en cambio, en la vida de muchos no está presente. En la *Novo Millennio Ineunte* Juan Pablo II trazaba algunos principios fundamentales de nuestra vocación y nuestra misión cristiana: la santidad como «alto grado de la vida cristiana ordinaria»,¹⁵ la oración como condición imprescindible de la vida cristiana y de la misión, el espíritu de comunión, el testimonio de la caridad... Y en todo ello, subrayaba siempre el “ser” antes que el “hacer”, yendo una vez más contracorriente respecto a una mentalidad que hoy, lamentablemente, se difunde incluso dentro de la Iglesia: «El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del “hacer por hacer”. Tenemos que resistir a esta tentación, buscando “ser” antes que “hacer”»¹⁶.

8. Pero al introducir a la Iglesia en el tercer milenio de la era cristiana, Juan Pablo II no se limitó a las palabras. Como era ya su costumbre, quiso acompañar las palabras con gestos elocuentes. En el año 2002, durante el último viaje en su amada patria, hizo un acto de enorme valor espiritual: confió el mundo entero a la Divina Misericordia. En el Santuario de Łagiewniki, el Papa habló con fuerza: «¡Cuánta necesidad de la misericordia de Dios tiene el mundo de hoy! En todos los continentes, desde lo más profundo del sufrimiento humano parece elevarse la invocación de la misericordia. Donde reinan el odio y la sed de venganza, donde la guerra causa el dolor y la muerte de los inocentes se necesita la gracia de la misericordia para calmar las mentes y los corazones, y hacer que brote la paz»¹⁷. Juan Pablo II había madurado este gesto dentro de sí por años. Como se puede deducir de la respuesta misma que, en coloquio con André Frossard, dio cuando el periodista francés le preguntaba cuál era su oración por el mundo: «Invoco la Misericordia. Si, invoco la Misericordia»¹⁸.

El segundo gesto con que el Papa quiso acompañar a la Iglesia al nuevo milenio fue la proclamación del Año del Rosario con la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, que podría considerarse una “coronación mariana” de la *Novo Millennio Ineunte*. Juan Pablo II invitaba así al Pueblo de Dios a contemplar el rostro de Cristo con María, en la escuela de María, con el rosario en la mano. Y muchos descubrieron que «rezar el rosario no es un repliegue intimista, sino una opción consciente de fe»¹⁹, que el rosario es un instrumento de evangelización dotado de una fuerza extraordinaria.

Estos dos actos el Papa fueron como dos grandes y luminosos indicadores del camino para la Iglesia. A pesar de la edad avanzada, la fragilidad física y el sufrimiento que

¹⁵ *Ibidem*, n. 31.

¹⁶ *Ibidem*, n. 15.

¹⁷ Juan Pablo II, *Omelia per la dedicazione del Santuario di Łagiewniki alla Divina Misericordia*, “L’Osservatore Romano”, 17-18 agosto 2002, p. 7.

¹⁸ A. Frossard, “N’ayez pas peur!”. *Dialogue avec Jean Paul II*, cit., p. 323.

¹⁹ Juan Pablo II, *Catechesi all’udienza generale*, “L’Osservatore Romano”, 30 ottobre 2003, p. 1.

padecía, daba ánimos a todos: «¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra. Hemos de aguzar la vista para verla y, sobre todo, tener un gran corazón para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos»²⁰. Quizá hoy más que ayer estas palabras representan un desafío que la Iglesia, ya encaminada en el tercer milenio de la era cristiana, debe recoger.

²⁰ Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 58.